



JESS DHARMA

**RECUERDA...
EL MAL
NUNCA
TE OLVIDA**

Alisa es criminóloga en la unidad de análisis de conducta en el FBI de Chicago, una de las mejores en su campo. Siendo tan solo una niña encontró el cadáver de su madre lleno de cortes y con su mantita de bebé entre las manos, pero los agentes que llevaron el caso concluyeron que había sido un suicidio. Pero ella sabía que no había sido así, aquella noche sintió que no estaban solas en casa; algo peligroso las acechaba desde la oscuridad. Se prometió así misma que atraparía al asesino, aunque nadie la creyera. En la actualidad, la policía de Nueva Orleans, necesita a los mejores criminólogos para poder resolver un caso donde un asesino en serie está aterrorizando a la población. Alisa y su compañero Rick van sin dudarlo, pero allí no solo se enfrentará a un asesino. Nuestra protagonista tendrá que luchar contra los demonios de su pasado, y con algo mucho más oscuro, a lo que nunca nadie se debería tener que enfrentar.

RECUERDA... EL MAL NUNCA TE OLVIDA

Jess Dharma

CAPÍTULO I

Estaba dormida en su pequeña cama cuando un golpe en su ventana la despertó. Dio un bote y se incorporó atrayendo las mantas hasta su pecho, y, automáticamente, su reacción fue introducir su pulgar en la boca. Sus padres nunca habían conseguido quitarle del todo esa costumbre. Sabía que el ruido que había oído era provocado por la tormenta que tenía lugar afuera, pero saber eso no significaba que estuviera menos asustada.

Miró a su alrededor y todo estaba muy oscuro. Podía ver toda su habitación de color blanco, pero solo de manera intermitente, cuando algún rayo dejaba entrar la luz por los ventanales. Desde su cama, situada bajo uno de ellos, divisaba las muñecas que su tía Cam le había regalado. Eran muñecas de porcelana que ella le traía de cada uno de sus viajes de trabajo. Siempre le habían gustado, pero en aquella oscuridad le provocaban un escalofrío que le erizaba su suave piel; era como si sus pequeños ojos de cristal la vigilaran, ávidos.

Quería ir a ver a su madre para que la abrazara y la tranquilizara; su madre era muy buena en eso. Esa noche, su padre estaba trabajando en el hospital, así que tendrían la cama para ellas solas. Solo existía un problema: para eso tendría, primero, que llegar hasta el cuarto de sus padres, que estaba al final del pasillo. Pero ella podría hacerlo, ya era mayor.

Se bajó de la cama e introdujo los pies en sus zapatillas, todo esto, sin sacar el dedo de su boca, aún no, no hasta

que llegara con su madre. Hacía frío fuera de las mantas, así que se daría prisa. Solo se detuvo un momento frente a su escritorio, donde hacía los deberes, para coger un perro de peluche, Timi. Para algunas cosas, no era aún lo suficientemente mayor.

Se oyó un gran golpe fuera de la puerta de su habitación, lo que la hizo retroceder unos pasos y detenerse a pensar. Tenía dos opciones: volver dentro de la cama y esconderse debajo de las mantas, o salir en busca de su madre, que la reconfortaría entre sus cálidos brazos. No tuvo que pensarlo mucho, su madre le pareció la mejor opción.

Abrió despacio la puerta del dormitorio, con miedo a que, detrás de ella, se encontrase con alguien esperándola, pero no había nadie. Solo encontró más oscuridad. La única luz que entraba en aquel largo pasillo era la de los rayos que se filtraban por las ventanas. Tocó el interruptor varias veces, pero nada sucedió. Si su padre estuviera ahora allí, le diría que no pasaba nada, que era normal que se fuera la luz durante una tormenta así, y juntos encenderían unas velas; pero su padre no estaba, tendría que ir con su madre ella sola. Se obligó a andar un paso tras otro, apretando con fuerza a Timi. Desde allí podía ver parte de la planta inferior de la casa... Todo era tan tenebroso.

Tenía que hacer un gran esfuerzo por contener las lágrimas que amenazaban con escapar de sus verdes ojos, pero no lo haría, ella ya era mayor para llorar. Mañana se lo contaría a papá en el desayuno y él estaría muy orgulloso de su chica.

El vello de la nuca se le erizó, había alguien detrás de ella, observándola, venía a por ella, lo sabía. Tenía la sensación de que alguien clavaba la mirada en su nuca, pero no era capaz de girarse para ver quién era.

Estaba paralizada, solo quería avanzar. Sin saber muy bien cómo lo consiguió, salió corriendo acortando los pasos que la separaban de la habitación de sus padres, mientras las lágrimas resbalaban por sus frías mejillas; ni las po-

día retener más, ni quería hacerlo. Papá ya estaría orgulloso en otra ocasión.

Entró y cerró la puerta del cuarto de sus padres tras ella. Ya estaba allí, solo tenía que acostarse junto a su madre y todo iría bien. Se acercó a la cama de sus padres. Vio en la mesilla que el reloj digital marcaba las tres de la mañana.

—Mamá, ¿puedo dormir contigo? Tengo miedo... —Pero mamá no contestó. Se acercó a la cama grande que a ella tanto le gustaba, pero su madre no estaba en ella.

Sintió más miedo aún. «Seguro que estaba en el lavabo», intentó tranquilizarse todo lo que una niña de su edad podría. ¿Por qué no le había contestado?, siempre lo hacía. Se encaminó al cuarto de baño con desesperación, el dedo en la boca ya no le aportaba ningún consuelo.

Encontró la puerta entornada. Ese baño le traía muy buenos recuerdos, allí se bañaba con su madre y jugaban con las muñecas.

—Mami... —dijo, pero nadie contestó.

Aun con la poca luz que había, no tardó en ver a su madre. Estaba apoyada contra la pared, junto a la bañera, con las rodillas encogidas.

—Mami, háblame, tengo miedo. —Pero mamá seguía sin decirle nada.

Se acercó y se arrodilló junto a su madre, y aunque fuera solo una niña, sabía que su mamá nunca más contestaría. Tenía el pijama lleno de cortes, que hacían juego con el corte que cruzaba de lado a lado su fino cuello. Aunque lo que más la impactó fue la cara de auténtico miedo que tenía. Con los ojos desencajados y la boca abierta para dejar escapar un grito que nunca llegó a salir, o al menos ella nunca lo llegó a oír.

Sostenía en sus bonitas, y ahora ensangrentadas manos, la manta de bebé de Alisa, y aunque ella tiró, no consiguió separarla de sus manos.

CAPÍTULO II

Alisa le daba vueltas a que cuando creces olvidas muchas cosas de la infancia. Los regalos de cumpleaños, las vacaciones con tus padres o abuelos, incluso los mejores amigos de la niñez. En cambio, los hechos traumáticos quedan grabados en la memoria y te acompañan hasta tu edad adulta. Recuerdas detalles, olores, incluso la sensación que te produjo ese hecho en un momento determinado de tu vida.

Rememoras cuando te caíste y te hiciste tanto daño, así como la cara de horror que tenían tus padres en aquel momento, que nunca se te olvidará. Cómo te asustaban las historias de miedo que contaban tus amigas en la oscuridad de la noche, cuando te quedabas a dormir con ellas; y que, a causa de ello, te pasabas toda la noche con la cabeza debajo de la sábana, esperando a que aquel monstruo, ese que se lleva a las niñas que, como tú, se quedaban despiertas de madrugada, te destapara y te llevara para siempre... Aunque ella recordaba, sobre todo, lo que la marcó de por vida: la noche en que asesinaron a su madre. Los médicos que examinaron el cuerpo, como el forense que le hizo la autopsia, determinaron que fue un suicidio. Ya que, aunque no era la «manera habitual», la policía no encontró indicios de que fuera un homicidio, dando, de esta manera, por cerrado el caso.

Alisa recordaba perfectamente la cara de terror y el miedo reflejado en los ojos, ya sin vida, de su madre. Aunque solo tenía siete años cuando eso sucedió, notó que alguien

más estaba con ellas en la casa. La observaba desde la penumbra del pasillo, esperándola; pero nadie hizo caso a una cría que se encontraba en *shock* por ver a su madre después de quitarse la vida.

Todo lo sucedido aquella noche la llevó a licenciarse como criminalista y a trabajar en la Unidad de Análisis de Conducta del FBI, y a esforzarse hasta llegar a ser una de las mejores en su campo.

Estudiaba la mente de los asesinos, hasta casi pensar como ellos, para saber qué les llevaba a cometer todas aquellas atrocidades. Elaboraba sus perfiles psicológicos, después les investigaba hasta tenerlo todo bien atado, para más tarde detenerlos y que cumplieran la justa condena por sus crímenes.

No era fácil meterse en unas mentes tan enfermas; algunas veces eran psicópatas, otras veces enfermos, pero la mayoría de las veces eran personas totalmente cuerdas, que eran conscientes de cada crimen que cometían, y eso sin duda dejaba una huella en tu alma que no podías ignorar; aunque, al menos, el saber que sacaba de la sociedad a gente como aquella y que no volverían a cometer un acto tan atroz le aportaba algo de sosiego.

Pero la persona responsable de la muerte de su progenitora estaba aún campando a sus anchas, y hasta que no la detuviera, le seguiría costando dormir por las noches.

Su padre también perdió algo esa noche que nunca podría recuperar; aun siendo uno de los mejores médicos de todo Estados Unidos, nunca consiguió superar la pérdida de su mujer, ni siquiera por su hija, a la que amaba con locura. El amor que sus padres se profesaban era algo que se veía a la legua con solo observar cómo se miraban, no pasaba desapercibido ni para ella, que, en esa época, aún no entendía nada del amor.

Empezó a perder la cabeza, no se podía ocupar de sí mismo y mucho menos de ella, así que le terminaron internando en un hospital psiquiátrico para que se recuperara.

Allí pasaba los días frente a una ventana con la mirada perdida y una foto de su madre desgastada entre los dedos. Quizá esperando a que ella regresara algún día. Y eso era lo que ella esperaba, que su padre volviera algún día.

Mientras tanto, su tía Camelia, o Cam, como la llamaba de forma cariñosa, se hizo cargo de ella. Fue como una segunda madre; incluso cuando la miraba parecía que tenía un *déjà vu* y veía a su madre reflejada en ella. Eran muy parecidas, aunque Cam era la hermana pequeña; parecían dos gotas de agua, y eso le hacía sentirse un poco más cerca de su madre.

Cam renunció a trabajar en el gran bufete de abogados que lo había sido todo para ella, donde tenía un puesto de prestigio, que le había costado años, sudor y lágrimas conseguir. Y lo dejó sin dudar para convertirse en madre de su sobrina, renunciando también a tener una familia propia.

Nunca podría pagarle todo su amor y dedicación. En muchas ocasiones, Alisa la animaba a que saliera con hombres, incluso cuando ya fue una adolescente quiso apuntarla a páginas de contactos, a lo que ella siempre respondía: «cuándo tú lo hagas, yo también lo haré». Sí, definitivamente, la tenía calada, ¿una cita? Ella no recordaba qué era aquello. No es que no le gustaran los hombres, había tenido alguna relación que siempre terminaba fracasando, porque ella siempre ponía por delante el trabajo o, en su momento, los estudios. Para ella eran más importantes, y eso, definitivamente, no era lo ideal para que una relación amorosa avanzara.

Si algo tenía claro era que no pararía hasta que su tía rehiciera su vida. Era joven y muy bonita, se merecía ser feliz y formar una familia, o por lo menos tener un compañero de viaje.

Alisa pasó las manos por su largo y pelirrojo pelo, heredado de su madre, y así salió de su ensoñación. La taza de café se había quedado fría entre sus rodillas. Podía decir con total franqueza que era totalmente adicta a la cafeína

desde la universidad, y quien la conociera bien sabía que, para despertarla, más le valía ir con un café bien cargado por delante. Esos minutos de paz eran su momento preferido del día, después de aquello podía enfrentarse casi a cualquier cosa. Su rutina diaria antes de sumergirse en aquel mundo de locos era sencilla: se levantaba antes del alba, se daba una ducha con el agua tan caliente que la mayoría de la gente se abrasaría la piel, mientras el café empezaba a salir en su cafetera último modelo. Se sentaba con una taza tamaño extragrande en su sofá de cuero negro, situado estratégicamente frente a un gran ventanal, para poder disfrutar de unas asombrosas vistas. Sin duda, era lo mejor que poseía su pequeño apartamento. Desde allí se veía un gran espacio natural con un lago inmenso, algo que le aportaba paz y tranquilidad cuando lo observaba. Simplemente haciendo eso, conseguía desconectar de todo a lo que se enfrentaba a diario en su trabajo; por lo demás, no tenía muchas cosas, puesto que pasaba casi todo el día fuera de casa.

Comprobó la hora en el reloj de madera que tenía colgado sobre el cabecero de su cama. Ya eran las ocho de la mañana, se le había ido el tiempo sin darse cuenta. Se acabó su momento tranquilo del día, como decía aquel anuncio de cereales, ahora tocaba trabajar. Cogió las llaves, metió el arma en la funda junto a su costado, que tataría con su chaqueta de cuero marrón, y salió de casa, pero no antes de echar un último vistazo nostálgico a su ventana.

CAPÍTULO III

Rebeca estaba realmente cansada aquel día. El dolor palpitante en la planta de sus pies era la prueba definitiva de aquello. Miró a su alrededor mientras tomaba asiento en una de las banquetas altas de color azul celeste que compró sin pensar, había sido amor a primera vista.

Ver y sentir a través de sus fosas nasales todas aquellas flores era como pellizcarse y darse cuenta de que su sueño se había hecho realidad. Por fin había conseguido abrir su tienda. Cumplir algo así, bien valía la pena todo aquel cansancio.

Solo llevaba abierta unos meses y ya tenía bastante clientela, aunque ya estaba mentalizada de que el primer año, por muy bien que fuera el negocio, solo le serviría para cubrir la inversión inicial, en el mejor de los casos, pero al menos no tendría pérdidas si todo seguía como hasta ahora. Así que ella estaba desbordante de felicidad. Con el tiempo, si la previsión seguía siendo buena, podría permitirse contratar a un ayudante que amara ese mundo tanto como ella misma. Ahora, en lo único que podía pensar era que, por fin, había cumplido con lo que soñaba desde que era una niña y ayudaba a su abuela en el jardín después del colegio. Ojalá estuviera allí, le gustaría ver lo orgullosa que estaría. Se le empañaron algo los ojos con ese pensamiento. Se los enjugó con el dorso de la mano, ya era hora de ponerse en marcha y volver a la realidad. Aún tenía que recoger y meter las plantas dentro de la nevera que tenía en

el almacén, para que siguieran así de frescas por la mañana.

Se puso manos a la obra y en nada lo tuvo todo hecho. «¡Todo listo! Hora de irse a casa a relajarse con un buen baño caliente y una copa de vino rosado bien helado», se dijo casi saboreándolo. Así que, ya con el bolso y las llaves en la mano, se encaminó hacia la puerta. Pero, de repente, oyó el estruendo que provocó un cristal al impactar contra el suelo. Lo que le hizo dar un brinco y ponerse una mano en el pecho, de donde el corazón amenazaba seriamente con salirse.

Pero rápidamente su parte racional le aseguró que se habría dejado alguno de los jarrones al borde de alguna repisa; rezó para que no fuera uno de los caros.

Dudó en si dejarlo para recogerlo por la mañana, pero sabía que un día normal ya se tenía que levantar al alba para tenerlo todo preparado antes de abrir la floristería. «¿Total, que eran un par de minutos más, después de un día tan largo?», se dijo a sí misma.

Dejó las llaves puestas en la puerta y el bolso en el mostrador que estaba de paso hacia el almacén, de donde había venido el ruido responsable de que su jornada laboral no pudiera acabar todavía.

Aunque ya se había acostumbrado a moverse por todo el local como si fuera su propia casa y podía andar con los ojos cerrados, no se quería clavar un cristal, así que le dio al interruptor de la luz, pero no ocurrió nada, estaba muerto. ¡Ahora se había fundido la luz! ¿Le podía pasar algo más aquel día? Refunfuñando por lo bajo y con los pies negándose a dar un paso más, sacó el móvil del bolsillo de atrás de su vaquero y buscó la opción de linterna; no quería terminar en urgencias cojeando para que le sacaran un cristal de la planta del pie y terminar así su día. Seguro que tenía por ahí una bombilla de repuesto y podía cambiarla en un momento. Cuando por fin dio con la linterna, oyó como alguien pisaba los cristales y todos los pensamientos anterior-

res desaparecieron; el miedo de que alguien pudiera haber entrado a robar por la puerta de atrás lo sustituyó.

Quizá pensaban que ya había salido; ella normalmente se habría ido hacía una hora, pero esa noche había estado haciendo inventario, y ahora les pillaría con las manos en la masa. Rápidamente encendió la linterna lo más rápido que sus manos temblorosas le permitieron. Aunque no era muy grande, repasó con la luz todo el almacén, por si el intruso se había escondido en algún hueco, entre las estanterías o detrás de las cajas agazapado, esperando para atacarla. No vio a nadie, quizá el cansancio le estaba pasando factura y no había nadie con ella.

Vio lo que se había roto; era un jarrón que tenía la forma de una familia, el padre, la madre y un bebé entre sus brazos; no era de cristal transparente, era de un cristal blanco puro. Le encantaba ese jarrón y no recordaba haberlo sacado del armario, pero ahora mismo ya no sabía qué pensar sobre nada, el agotamiento superaba todos los umbrales conocidos hasta entonces, así que no se pararía a cambiar la bombilla, mañana sería otro día.

Se fue derecha a la puerta, cogió su bolso al pasar, pero al llegar se quedó paralizada; las llaves que había dejado puestas en la cerradura habían desaparecido. Ahora sí que estaba claro que no estaba sola, no era su imaginación, pero ¿dónde podría estar escondido el atracador? El local era grande, pero tampoco tenía muchos recovecos donde esconderse. Y, si estaba allí, ¿por qué no la atacaba?

Volvió a sacar el móvil apoyando la espalda en la puerta, de esa forma tenía el campo visual completo de la tienda, que era diáfana y acristalada, por lo que lo vería venir desde cualquier punto mientras permaneciese ahí pegada.

Aunque eso significaba que también la verían a ella. Tenía que llamar a la policía y rezar para que llegaran lo antes posible, no sabía lo que serían capaces de hacerle. Ya le habían quitado las llaves para que no pudiera huir, ese era

el primer paso. Seguro que la vigilaban desde algún rincón oscuro.

Desbloqueó el móvil con una sola mano, miró el teléfono lo justo, no quería que la pillaran por sorpresa si la atacaban. Ya iba a marcar el 911 de emergencias cuando el móvil se iluminó indicando batería baja y se apagó sin dar tiempo a marcar.

«¡Por Dios! ¿Qué más me podría pasar?», se lamentó para sus adentros, aunque lo mejor era no preguntarse eso, porque siempre podía ir a peor, sin duda...

Miró el mostrador y vio el teléfono inalámbrico color celeste a juego con el resto del mobiliario; tenía que intentar llegar hasta él. El miedo de no saber de qué sería capaz la persona, o personas, que habían entrado allí la desesperaba, tenía que pedir ayuda. Los cristales eran antiatraco, por lo que no podría romperlos para escapar, aunque quisiera. Ahora que lo pensaba, estaban bien para que no entraran, pero también eran una trampa mortal para los que intentarían huir. Notó que le costaba respirar. «Tranquila, vas a salir de aquí, respira», se aconsejó para calmarse. Miró a todos los lados y no vio nada fuera de lugar, así que corrió lo más rápido que pudo hacia el mostrador, que estaba a solo unos metros. Cogió el teléfono y también un bate de béisbol que guardaba bajo el mostrador para «emergencias»... y esa definitivamente lo era, sintiéndose un poco más segura. Su padre les había enseñado a sus dos hermanas y a ella a defenderse de cualquiera que quisiera agredirlas.

Descolgó para marcar, pero enmudeció al darse cuenta de que no había línea. Quien hubiera entrado se había asegurado de cortarla para dejarla incomunicada, algo raro hoy en día, cuando todo el mundo lleva móvil..., aunque definitivamente ella lo estaba en ese momento.

Después de respirar varias veces profundamente para tranquilizarse y pensar rápidamente, decidió que no pasaba nada, era una mujer fuerte, saldría por sus propios medios.

La puerta de atrás que había en el almacén se cerraba desde dentro con unos cerrojos; si llegaba hasta allí, sería libre.

Cogió el bate con ambas manos con firmeza, tendría que ir rápido, pero sin correr, ya que una vez que entrara en el almacén no habría luz y tendría que hacer caso a sus otros sentidos, dejando que todas las horas que pasaba allí dentro la guiaran a la salida. Hasta ese momento había sido relativamente sencillo porque tenía una buena vista de todo, pero a partir de ahí también tendría que cuidar de su espalda.

Llegó a la puerta que separaba la parte principal de la tienda del almacén, donde se terminaba la luz, y se paró a escuchar: nada. No había ningún ruido que delatara la situación del asaltante. Quizá solo cortó la línea para desactivar la alarma, y estaba tan deseoso como ella de que se fuera y robar a sus anchas. Algo le decía que no era así... El silencio que había era inquietante. Su corazón latía desbocado y podía oírse en cada rincón del lugar. «Lo conseguiré», se decía para tranquilizarse; solo unos metros la separaban de su libertad. A pesar de que en aquella parte el recinto era más frío para que las plantas se conservaran, el sudor le perlaba toda la piel de la espalda haciendo que se le pegara la camiseta.

Empezó a caminar hacia la puerta a tuestas en esa inmensa oscuridad; pasaba el bate por delante de ella de un lado a otro por si tenía justo ahí a su atacante, esperándola. Iba despacio, paso a paso, intentando no hacer el menor ruido.

Noto como las manos le temblaban y sudaban mientras sujetaban el bate frente a ella. Ya quedaba menos y daba gracias por llevar esos zuecos de descanso tan silenciosos... Hasta que pisó de lleno los cristales; con todos los nervios, ni siquiera se acordaba de ellos.

El ruido que hicieron cuando los pisó fue estrepitoso bajo aquel silencio sepulcral. Se quedó muy quieta, conteniendo la respiración y rezando porque nadie lo hubiera es-